

NOTA. Hace no pocos años emprendi la composicion de este poema, que ni concluí entonces, ni es probable lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he determinado á ofrecer al público estos cortos fragmentos, eligiendo para ello los que de mejor grado lo consienten, por presentar cada uno de por sí un cuadro completo y distinto.

FRAGMENTO PRIMERO.

Aparécese una Vision al conde Pedro Navarro; hallándose en el palacio de la Alhambra, y le exhorta á guerrear contra el África.

En el soberbio alcázar mahometano,
Del pérfido Boabdil dejado apenas,
Cuando cayó del trono soberano
Despeñado á las líbicas arenas,
Reposaba el caudillo castellano
Dando tregua del mando á las faenas;
Y ya batiendo el sueño el ala grave,
Le rociaba con bálsamo suave:

Cuando á un tiempo sonó de ronco trueno
El fragor por tres veces repetido;
Turbóse el aire á la sazón sereno,
Con ráfagas ardientes encendido;
Y la tierra sintió su íntimo senovido
Por opuestos vaivenes combatido,
Cual vacilan inciertas las montañas
Al arder del Vesubio las entrañas.

Temblaron los magníficos salones,
De mármol, oro y nácar fabricados,
Con versos y amorosas inscripciones
Cual filigrana arábica labrados;
Crujieron los soberbios artesones
En cien y cien columnas sustentados,
Arrancándose al ímpetu violento
Los mosaicos del rico pavimento.

Tranquilo el Adalid en tanto sueña,
Y al lado de su amada se imagina,
Que con grato ademán y faz risueña
Hechizo añade á su beldad divina;
Mas cuando el Conde en abarcar se empeña
La levísima imagen peregrina,
Puso fin á tan vano pensamiento
Raro prodigio, singular portento.

Abrirse vé bajo su misma plantación
La tierra de ambos polos sacudida;
Sulfúrea niebla que la vista espanta
La imagen le arrebató apetecida;
Y en medio de los aires se levanta,
Sobre un grupo de nubes sostenida,
Ajusta Diosa, cuya sombra crece
Y allá en los cielos penetrar parece.

A la invencible Pálas se asemeja
Con noble manto y bélicos arneses;
Rojo el redondo escudo al sol refleja,
Cual ígneo globo en los estivos meses;
Con soberbio desden á sus pies deja
Rotas lanzas, banderas y paveses;
Y el reluciente yelmo de diamante
La magestad redobla del semblante.

« Y así (le dice) en ocio vergonzoso,
De amor arrastra la fatal cadena
Quien tantas veces se ostentó brioso
Cual nuevo Cid en la sangrienta arena;
Y á tiempo que tu nombre victorioso
Del mundo por los ámbitos resuena,
La espada y lanza de tu lado arrojas,
Y el sacro lauro de tu sien deshojas!... »

« No basta que ya España el claro nombre
De gente en gente extienda sin mancilla,
Coronando sus triunfos y renombre
Del manso Dauro en la fecunda orilla;
Ni que gloriosa al universo asombre,
Libre ya el cuello de la infiel cuchilla;
Que en vez de yugo el cetro peregrino
Guarda á su diestra el próspero destino. »

«Mira á Colon, del viento combatido,
 Con pocas naves náufragas y solas
 En no surcado mar desconocido,
 Romper el seno á las hinchadas olas:
 El valladar de Alcides destruido,
 Ensancharse las costas españolas;
 Y cediendo á su esfuerzo sin segundo,
 Crecer los mares y doblarse el mundo.»

«¿Qué importa que la suerte rigurosa
 Una vez y otra vez se oponga acaso,
 Y con llanura inmensa, procelosa,
 Las sendas borre al temerario paso?
 La castellana enseña victoriosa
 Lleva Colon al escondido ocaso;
 Y el sol hasta en su término postrero
 Oye absorto aclamar el nombre Ibero.»

«Mas en tanto que al héroe sobrehumano
 Un Nuevo Mundo atónito proclama,
 Vuelve, ó Conde, la vista al Lusitano
 Que alcanzó en el Oriente eterna fama:
 «La tierra, el cielo, el mar luchan en vano
 Contra un débil mortal (osado esclama):
 Yo, arrojando el rigor de la fortuna,
 Sorprenderé del sol la misma cuna.»

«Y mírale en la quilla mal trabada
 Nueva senda buscando al rico Oriente:
 En vano por mil siglos respetada,
 La undosa espalda el yugo no consiente;
 En vano de tormentas coronada
 El arduo Promontorio alza la frente;
 Visita al chino en su region distante,
 Y une el índico golfo al mar de Atlante.»

«Si los prodigios de inmortal memoria
 Que la presente edad ostenta ufana,
 Tu pecho encienden en amor de gloria,
 Último linde á la ambicion humana,
 Del alto templo la imparcial historia
 Te señala la cumbre soberana,
 Y la senda que intrépidos hollaron
 Los que el Asia y la América hermanaron.»

«De borrascoso ponto antemurada,
 Con escollos y montes guarnecida,
 El África feroz levanta osada
 La cerviz, largos siglos no vencida;
 Y en solo un lustro apénas quebrantada
 Por el brazo español, mas no abatida,
 Aguarda un héroe que le imponga el yugo:
 Que así al destino en sus arcanos plugo.»

« Fronteriza á la costa en que sin freno
 Guadalmedina ensancha su corriente,
 Y de arena cubriendo el campo ameno,
 Puentes, diques ni márgenes consiente;
 Allende el vasto mar, en cuyo seno
 Hunde veloz la entumecida frente,
 En la africana playa tiene asiento
 Noble ciudad de antiguo fundamento. »

« El arado romano abrió la tierra
 En que estriban sus muros orgullosos;
 Con las olas el mar la entrada cierra
 A estraños enemigos belicosos;
 En torno la defiende erguida sierra
 Del embate de vientos procelosos;
 Y el hondo rio, que sus puertas baña,
 De verdor cubre la feraz campaña. »

« Roto el yugo del vándalo y romano,
 Propio señor con su poder sustenta,
 Que á los campos del Rif y al mar cercano
 Estiende el cetro y su grandeza ostenta:
 Tiembla á su nombre el mísero cristiano,
 Y de la costa bárbara se ahuyenta;
 Que el terror de espantoso cautiverio
 Llevó al mundo la fama de su imperio. »

« De antemural le sirve y de atalaya
 A la fuerte ciudad inmensa roca,
 Que defendiendo la vecina playa,
 Al mar insulta, al ábrego provoca;
 De oriente á ocaso rápida se esplaya
 La altiva cima que á los cielos toca;
 Y la deforme, carcomida planta
 De las olas el ímpetu quebranta. »

« Rudo escollo del piélago ceñido
 Ni flor, ni yerba, ni árboles consiente;
 Jamas abrió su seno empedernido
 A puro arroyo ó cristalina fuente;
 Ni oyó en la noche el plácido gemido
 De enamorada tórtola inocente,
 Ni vió jamas sobre el desnudo risco
 Saltar el corderillo en el aprisco. »

« Solo cruza su cima pavorosa
 Con fugaz ala el buitre carnicero;
 Solo busca su planta cavernosa
 En la tormenta el tiburon roquero;
 A su amparo se esconde cautelosa
 La presta nave del pirata fiero;
 Y el náufrago descubre á un tiempo mismo
 El escollo, los hierros, el abismo. »

« Vé, vuela, ó Conde, y con osada mano
 Del rudo Escollo la altivez enfrena:
 Tiemblo al rumor el árabe inhumano,
 Aun mal seguro en su desierta arena;
 La orgullosa ciudad mire cercano
 El férreo yugo y la servil cadena;
 Y el negro espanto que en sus muros cunda,
 Por el África toda se difunda. »

Dijo: y cual suele boreal aurora
 Bañar el polo en apacible lumbre,
 Que el albó campo con sus rayos dora,
 El mar de hielo y la nevada cumbre;
 Y luego de su luz consoladora
 Deja apénas la pálida vislumbre,
 Que vagando levísima en el viento;
 Va á perderse en al alto firmamento:

Así desapareció la sacra Diosa;
 Y el puro resplandor de su faz bella
 Reflejaba en la esfera tenebrosa
 Cándida luz de matutina estrella;
 Mas alzando la frente respetosa,
 Columbró el Conde la celeste huella,
 Y al punto la Deidad en raudó vuelo
 Cruzó el espacio y remontóse al cielo.

Lo vé, grita, despierta, y pavoroso
 Tres veces toca con sorpresa el lecho;
 Tres veces duda, y lleva receloso
 La incierta mano al palpitante pecho;
 Y agitado del sueño portentoso,
 Aun mal de sus sentidos satisfecho,
 No fue parte á calmar su fantasía
 La fresca aurora del cercano día.

Del sol apénas el fulgor primero
 Por los labrados arcos penetraba,
 Cuando impaciente el ínclito guerrero
 Por los regios alcázares vagaba:
 En su armadura de bruñido acero
 Tal vez los tristes ojos enclavaba,
 Arrancando de largo en largo trecho
 Hondos sollozos del hirviente pecho.

En el ánimo inquieto revolvía
 Los recuerdos del sueño prodigioso,
 Y el anuncio fatídico creía
 Dictado por el cielo misterioso:
 Ya á la heroica demanda apercibía
 Con noble aliento el brazo valeroso,
 Anhelando eclipsar con su denuedo
 El renombre del ínclito Gofredo;

Ya la dulce memoria de su Elvira
 La triunfadora diestra desarmaba,
 Trocando en torpe ardor la noble ira
 Que el corazon magnánimo inflamaba:
 Débil solloza y mísero suspira
 El que al Africa toda amenazaba;
 Cual si de Armida en la mansion amena
 De Reinaldo arrastrase la cadena.

Mas instable que mar tempestuoso
 Siente el Conde su vago pensamiento;
 Ora incierto, ora altivo, ora dudoso;
 Ya tímido, ya osado, ya violento:
 Ya de Elvira recuerda el rostro hermoso,
 Ya del templo inmortal el alto asiento;
 Hasta que al fin aserenando el alma,
 La severa razon logró la palma.

¡Ay de la triste que en tranquilo sueño,
 Al son de blanda música adormida,
 Creyó en los brazos de su dulce dueño
 Verse, al abrir los ojos, sorprendida!
 Resuelto el Conde á su glorioso empeño,
 Ordena al punto la veloz partida;
 Y convoca á los ínclitos guerreros,
 De sus riesgos y triunfos compañeros.

FRAGMENTO SEGUNDO.

Junta de capitanes, en la cual resuelven llevar á cabo
 la espedicion propuesta por el Conde.

En la regia, magnífica armería
 En que su gloria llíberis ostenta,
 Con noble magestad y gallardía
 El Conde á los caudillos se presenta:
 Bajo la alzada cúpula sombría
 Entre instrumentos bélicos se asienta;
 Y con grave ademán y voz severa
 Les comenzó á decir de esta manera:

« Ilustres compañeros de mi suerte,
 Baldon y torpe injuria reputára,
 Si á vencer ó morir con pecho fuerte
 En habla artificiosa os animára:
 Si la victoria próspera ó la muerte
 La inconstante fortuna nos depara,
 Con igual paso de la gloria al templo
 No os llevará mi voz, sino mi ejemplo. »

« Mas vivimos, y aun hay quien nos afrente
 Y el nombre insulte de la madre España;
 Respiramos, y aun hay quien insolente
 La mar infeste que sus costas baña:
 Mengua fuera sufrirlo bajamente;
 Correr al desagravio es leve hazaña;
 Si honra y patria nos llaman á porfía,
 Acudir es deber, no bizarría. »

« Humean nuestros campos, nuestros lares,
 Por enemigo bárbaro incendiados;
 Cautivos pueblan los inmensos mares,
 Al banco y duros remos amarrados;
 Mientras libre y tranquilo en sus hogares,
 Al hierro y á las llamas nunca dados,
 Cadenas forja el árabe inhumano
 Para oprimir el cuello castellano. »

« Del África en los lindes comprimido,
 Dentro del mar osado se adelanta,
 En altísimo escollo guarecido,
 Jamas hollado de estrangera planta:
 De inmenso foso en torno defendido,
 Nuestras naves insulta, al orbe espanta;
 Y cual marino lobo en honda cueva,
 La presa acecha en que sus garras ceba. »

« ¿ Mas qué vale por foso el ancho lago,
 Por fuerte amparo el África vecina?
 Antes que sienta el formidable amago,
 Con sangre llore su esterminio y ruina:
 Asombrada presencie el fiero estrago
 La orgullosa ciudad que al Rif domina;
 Y la bárbara Libia mire abierto
 Fácil camino al árido desierto. »

« Yo á la gloriosa lid al punto vuelo:
 Ni obstáculos, ni tregua, ni tardanza,
 Cuando la amada patria en triste duelo
 Con su voz nos provoca á la venganza:
 Ya tiende ante mi vista el fausto cielo
 El iris de la próspera esperanza;
 Y antes que el sol tres veces nos alumbre,
 Veré de Gibralfaro la alta cumbre. »

« A su abrigo y amparo guarecida
 Del embate de duros aquilones,
 En el tranquilo puerto nos convida
 La armada de veleros galeones:
 Allí la invicta hueste apercebida
 Desplegará los ínclitos pendones,
 Que han de ostentar en la africana orilla
 Las armas de Aragon y de Castilla. »

« No ha de decir el vulgo malicioso
 Que el oro ansiamos de opulenta mina,
 La púrpura oriental y ámbar precioso,
 El diamante y la perla peregrina;
 No dirá, cual de Gama valeroso,
 Que ansiamos los tesoros de la China,
 Y que en vano en su seno los encierra
 El hondo mar ó la profunda tierra. »

« Hierro el África ofrece en sus arenas,
 Hierro en sus altos montes escarpados,
 Hierro en sus naves, hierro en sus cadenas,
 Hierro en sus lijos á la lid armados:
 Contra tigres, leones, pardas hienas,
 El hierro esgrimiremos esforzados;
 Y el agua que con hierro conquistemos,
 Teñida en nuestra sangre beberemos. »

« No nos espera el laso americano,
 En el pendiente lecho remecido,
 Tras brillante oropel y vidrio vano
 Hacia el yugo corriendo embebecido;
 Ni quien monstruo repunte sobrehumano
 Al caballo y ginete todo unido,
 Y en ciego error y femenil desmayo
 Confunda al vil mosquete con el rayo. »

« El que en mil años de continúa guerra
 Domó al África y Asia juntamente,
 Amagó á Europa, amedrentó la tierra,
 Oprimió con su armada el mar potente,
 Ya de su propio hogar la entrada cierra
 Contra el furor del español torrente;
 Y á nuestros pies rindiendo su corona,
 Vencedores del mundo nos pregona. »

Grato murmullo en la soberbia estancia
 Del Conde invicto respondió al acento;
 Y del próximo triunfo la esperanza
 Infunde á los caudillos nuevo aliento:
 De tomar contra el árabe venganza
 Repiten á una voz el juramento;
 Y al recordar de España las cadenas,
 En santa indignacion arden sus venas.

Como suele tal vez del mar rizado
 Alzar la luna su apacible frente,
 Y al blando influjo en breve serenado
 Se torna de cristal resplandeciente;
 Así calma al concurso entusiasmado
 Alzándose Aguilar pausadamente,
 Varon de autoridad, caudillo viejo,
 Bravo en la lid, sesúdo en el consejo.

El nevado cabello descubria
 De fresco y verde lauro entrelazado,
 Y en la robusta lanza sostenia
 El cuerpo de los años agobiado:
 Al venerable Néstor parecia,
 De los príncipes griegos rodeado;
 Y haciendo al Adalid grave mesura,
 Así dice con voz clara y segura:

« Aunque no halague al ánimo lozano,
 Bien merece, caudillos valerosos,
 El prudente consejo de un anciano
 Escucharse de jóvenes briosos:
 Ver de la vida el término lejano
 No deshonra á soldados animosos;
 Que don fue solo de propicia suerte
 Vencer mas riesgos sin hallar la muerte. »

« De mi verdad testigo sabe el cielo
 Que al tranquilo sepulcro ya cercano,
 Por postrera merced tan solo anhelo
 Perder la vida con la lanza en mano:
 Y si empapé en mi sangre el patrio suelo
 Por ensalzar el nombre castellano,
 Mas gozoso la sangre de mis venas
 Del África vertiera en las arenas. »

« Tanto disto, mancebos generosos,
 De aconsejaros tregua ó paz villana
 Con los que en guerra hieren alevosos
 Y en paz cautivan con cadena insana;
 Mas si tronchar sus hierros ominosos
 Fue grave empresa á la constancia hispana,
 No por lucir el temerario arrojo,
 Del cielo provoquemos el enojo. »

« Lidiar con hombres, aterrar las fieras,
 Dasafiar la furia de los vientos
 Con leve lino y frágiles galeras,
 Contrastar los sañudos elementos,
 Sorprender al alarbe en sus riberas,
 Debelar sus ejércitos sangrientos
 Y domeñar á bárbaras naciones,
 Digno es de vuestro esfuerzo, campeones. »

« Mas qué furor, qué gloria, qué esperanza
 Allí nos lleva con arrojo impío,
 Donde el airado cielo en su venganza
 La lluvia niega y plácido rocío;
 Donde el sol encendido rayos lanza
 Contra el árido escollo en largo estío,
 Y el mísero mortal, del mar cercado,
 Maldice al cielo en sed atormentado. »

« ¡Allí donde jamás el ave anida,
 Ni se arrastra el reptil, ni el bruto pace,
 Ni la fiera voraz busca manida,
 Ni crece el árbol, ni la yerba nace;
 Y en triste afán, cansado de la vida,
 El cautivo infeliz postrado yace;
 Y la móvil arena y roca dura
 Aun le niegan tranquila sepultura? »

« No, intrépidos amigos, no violemos
 La eterna ley del hado envanecidos:
 Al corazón del África lleguemos,
 Arrollando sus pueblos aguerridos;
 La Europa á nuestras plantas humillemos;
 Nuevos mundos busquemos atrevidos;
 Mas no osemos llevar los patrios lares
 A rudo escollo en turbulentos mares. »

« Sufra también la mar nuestra coyunda
 (El Conde le interrumpe); luce, brame,
 Y el escollo batiendo furibunda,
 Su independencia y libertad reclame:
 Por su rebelde espalda se difunda
 El eco triunfador que á España aclame;
 Y mal su grado en las inquietas olas
 Refleje las banderas españolas. »

Si, volemos, caudillo valeroso
 (El fiero Ponce arrebatado esclama),
Que en tu frente relumbra prodigioso
El sacro fuego que tu pecho inflama. —
Sigamos su estandarte victorioso!
 El inmenso concurso á un tiempo clama;
 Y en son confuso que á lo lejos zumba,
Sigámosle! la bóveda retumba.

¿Visteis de cumbre en cumbre despeñado
 De los Alpes rodar hondo torrente,
 Que en retorcido curso arrebatado
 Va aumentando su rápida creciente;
 Mas por opuestas rocas represado,
 Permanece suspenso en la pendiente,
 Brama, lucha, forceja, hínchase, crece,
 Los diques rompe, el monte se estremece?

Así la ilustre junta numerosa,
 Contra el África altiva embravecida,
 A la voz del anciano magestosa
 Mostróse un breve espacio suspendida;
 Mas sintiendo crecer impetuosa
 La cólera en el pecho reprimida,
 A las armas corriendo furibunda,
 Las puertas abre y el palacio inunda.

Oyese á un tiempo el grito de pelea
 En pórticos, jardines y salones,
 Y el hierro de las lanzas centellea,
 Entre insignias y bélicos blasones:
 El pendon de Castilla al aire ondea,
 Coronando los regios torreones;
 Y ya las ninfas del Geníl y el Dauro
 Palmas aprestan, aperciben lauro.

FRAGMENTO TERCERO.

Tristeza de Elvira: preséntase á su vista el Conde:
 despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,
 En solitaria quinta deleitosa
 Que ciñe el Dauro en apacible curso,
 Cual fértil isla de la Cípria Diosa,
 Fijo en su amor el plácido discurso,
 Suspensa el alma en inquietud sabrosa,
 Con el laud Elvira combatia
 Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera
 Con sus ardientes rayos la inundaba;
 Y el tibio amante por la vez primera
 Su anhelada venida retardaba:
 Ansiosa Elvira que á su dueño espera,
 Cien veces en el sol los ojos clava,
 Gime impaciente, y trepa á la colina
 Que el vasto campo en derredor domina.